

EL SECRETO DE GARATUZA



Para Rafael Heliodoro Valle.

ALLÁ en los buenos tiempos en que gobernaba la Majestad Católica del Rey don Felipe IV y en su nombre á la Nueva España el Excmo. Sr. Virrey don García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra y Marqués de Sobroso, hízose célebre por sus embustes y picardías, Martín de Villavicencio Salazar, más conocido por Martín Droga ó Martín Lutero y más todavía por Martín Garatuzza.

Fué el tal Martín, natural de la Puebla de los Angeles, donde estudió gramática y retórica, y aquí en México lógica y física, recibiendo las órdenes de corona y grados, un viernes de témporas de Santa Lucía, año de 1621, de manos de don Alfonso de la Mota, Obispo de Tlaxcala; pero después de llevar en la Puebla y en la ciudad de Tenochtitlán una vida más ó menos honesta, y poco más ó menos á la edad de 38 años, comenzó á ejercer de pillo y embaucador, maculando la fama que de honrados habían gozado siempre sus padres Martín de Salazar y Juana Bautista, natural el uno de Córdoba y la otra de Jerez de la Frontera.

Fingíase clérigo de órdenes mayores y á muchos saludaba con el estribillo de «ya tiene vuestra merced otro Capellán á quien mandar»; robaba á un amigo suyo los títulos de subdiácono, diácono y presbítero, para encubrir el engaño de ha-

cerse pasar por sacerdote; aparentaba escrúpulos en un principio para decir misa, y la decía en adelante desvergonzadamente, rezada ó cantada, y revestido de amito, alba, manípulo, estola y casulla, observando todas las ceremonias que sabía al dedillo, con sólo decir para sus adentros: «Martín, Martín, ¿en qué pararán estas misas?» Confesaba á granel, sin vergüenza alguna, á españoles, indios, negros y gente de todas castas, y recibía con los ojos bajos, y en actitud de hipócrita mansedumbre, los saludos, besa manos, inclinaciones y respetos de taimados devotos y de crédulas beatas.

Veíasele caminar de rancho en rancho, de hacienda en hacienda, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, caballero en un flaco rocín color bayo, con silla de brida; vestido él con sotanilla de mangas de damasquillo y cuello de China, bien remangada para poder montar, ó de un capisayo de venado tapetado de negro; y si hacía frío, abrigábase con un viejo capote de bayeta de la tierra, ó defendíase de los ardientes rayos caniculares con un quitasol de armadura de caña forrado de badana blanca.

Y conjuraba aquí un nublado, poniéndose la estola y recitando con toda prosopopeya el exorcismo contenido en el misal; acá confesaba á los indígenas, pues sabía la lengua mexicana, y allá con se-